

Las autonomías multiculturales en el contexto de la mundialización

François Houtart

Sociólogo y profesor. Universidad Lovain-la-Neuve, Bélgica.

La autonomía es un problema que ha cobrado gran importancia durante las últimas décadas. Sin embargo, no es nuevo, porque desde hace miles de años los pueblos han sido conquistados y marginados, perdiendo sus medios de existencia, su identidad política y sus posibilidades de expresión. En la actualidad, este problema alcanza nuevas dimensiones, precisamente a causa de la mundialización, y suscita fuertes polémicas acerca de su sentido y sus funciones. Baste recordar que existen cerca de cinco mil pueblos autóctonos o indígenas (algunos los llaman «pueblos primeros») en el mundo y que representan alrededor de 300 millones de personas, es decir, cerca de 0.5% de la población mundial. Podemos añadir que cerca de 80% de ellos viven por debajo del umbral de pobreza. Ningún continente escapa de esta realidad. Pero, de entrada, deben precisarse los conceptos, con el fin de comprender el espíritu y los objetivos de este artículo.

Mundialización y autonomía

Mundialización designa, en este contexto, la fase neoliberal del capitalismo, que extiende la ley del valor

al conjunto de las poblaciones del globo terráqueo. Al liberalizar los bienes y servicios a escala planetaria, bajo condiciones de enormes desigualdades, este sistema económico amplía las fronteras de la explotación de los recursos naturales y del trabajo hacia los confines del universo y afecta el destino de los pueblos autóctonos. Como plantea Bernard Duterme:

Paradójicamente, en tanto que la actual globalización se revela desastrosa en una buena cantidad de aspectos para los pueblos marginados, crea a su vez las condiciones para su emergencia en tanto actores sociales con identidad propia. La aceleración de la mundialización lleva en sí misma los gérmenes de reafirmaciones culturales, locales o regionales. Como sabemos, la fuerza disgregadora de la lógica económica liberal desata las solidaridades nacionales e induce una fragmentación de los principales actores sociales y sus identidades colectivas. En América Latina y en otras partes la tendencia se acompaña de una proliferación de movimientos con identidad religiosa, nacional o étnica.¹

La autonomía es un concepto ambivalente. Puede significar la base indispensable para la sobrevivencia material, política y cultural necesaria para un grupo humano, pero también puede comprenderse como el

repliegue en sí mismo basado en el egoísmo colectivo. Evidentemente, cuando hablamos de autonomía utilizamos el primer sentido. Pero la ambigüedad no termina aquí. La opción neoliberal utiliza también este concepto con el fin de crear entidades de reducida dimensión que van a la par con el debilitamiento del Estado-nación, y que permiten dejarles el campo libre a las fuerzas del mercado. Lo mismo sucede con las políticas de descentralización: presentan la misma ambivalencia. Además, el vocablo recubre realidades diferentes. No es lo mismo hablar de la autonomía de los pueblos indígenas cuando los autóctonos son minoritarios, que hablar del problema de la autonomía de las naciones frente a poderes exteriores cuando estos son mayoritarios.

Tampoco se trata de una realidad estática. Desde el punto de vista de la construcción social, podemos hablar de un proceso autónomo, resultado de las presiones o luchas sociales de movimientos, destinadas a desembocar en una estructura de diversos componentes: políticos, territoriales, económicos y culturales.

En cuanto a la multiculturalidad, en nuestro caso podemos decir que parte de un concepto dinámico de la cultura. No se trata de crear museos, sino, por el contrario, de suscitar la difusión de la vida en todas sus dimensiones. La cultura es el conjunto de las representaciones con respecto a la naturaleza y las relaciones sociales, del sentido del mundo y de la existencia en todas sus expresiones (lenguaje, arte, derecho, religión). Resulta imposible separar las condiciones materiales de los grupos concernidos o de su organización política. La cultura es un todo, cuyos elementos están en relación permanente. Además, ninguna cultura puede constituirse sin intercambios con otras. Las culturas están vivas o no, algo que expresa con toda claridad Joaquim Herrera Flores en su importante obra acerca del proceso cultural.² Ellas constituyen un elemento esencial en el proceso de dominación y, en consecuencia, en el de las luchas sociales. La multiculturalidad es la coexistencia dinámica de diversas construcciones mentales colectivas y significa riqueza si existe un reconocimiento mutuo. No puede ser la «domesticación de lo diverso», tal como explica Armand Mattelart.³

La reacción de los pueblos indígenas

Existen también características culturales específicas de grupos sociales, castas o clases, que se inscriben en conjuntos comunes. Los indígenas integrados a las clases medias urbanas o los «indios» trabajadores en las minas, tienen características diferentes a los del mundo

campesino, aunque todos pertenezcan al mismo mundo étnico. La diversidad interna, aunque no podamos olvidar su origen, se añade al nivel del ideal de la multiculturalidad que definimos anteriormente.

Examinemos brevemente varias situaciones concretas. Desde el punto de vista jurídico, a partir de 1982 la Organización de Naciones Unidas se enfrenta a este problema. Desgraciadamente, el proyecto aún está en discusión, retardado por la oposición de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia. Durante la preparación de la Declaración de los derechos de las poblaciones indígenas, el texto, de 45 artículos, encontró mucha oposición, a pesar de que había sido aprobado por la Subcomisión de los Derechos del Hombre, bajo la presión de reivindicaciones. La Organización Mundial del Trabajo (OIT) ha hecho avanzar más este tema, gracias a la Convención 169, de 1989. Esta reconoce el derecho a la auto-identificación como base de un sujeto de derecho.

Desde el punto de vista socioeconómico, la mundialización neoliberal ha reforzado las reacciones de los pueblos autóctonos, dada la doble agresión: económica y cultural. La primera ha hecho crecer las reivindicaciones de autonomía, y la segunda, las demandas de interculturalidad. Evidentemente, no ha sido la organización capitalista de la economía, y mucho menos la mundialización actual, las que han provocado la marginación de estos pueblos. Existía mucho antes; pero el proceso se ha ampliado considerablemente como consecuencia de la lógica del mercado mundializado.

En América Latina, la conquista de los siglos xv y xvi desembocó en una explotación de la mano de obra, que llegó hasta el genocidio, sin hablar del comercio triangular que le sucedió. Se trataba de la fase mercantil del capitalismo. Ciertamente, los grandes imperios precolombinos, desde los aztecas hasta los quechuas, habían reducido sus poblaciones locales al estado de satélites, en una relación tributaria, pero por lo general bajo el respeto a una autonomía relativa. Por el contrario, la colonización hispánica redujo por completo a los pueblos del continente, no solamente en el plano político, sino también a través de la sumisión de sus economías y la negación de sus culturas.

En la actualidad, las poblaciones indígenas de América Latina, más o menos estabilizadas en una posición subalterna a través del tiempo, sufren las crecientes presiones del capitalismo neoliberal. La explotación de las materias primas, cada día más escasas —petróleo, minerales, madera—, tiene efectos cada vez mayores en los territorios tradicionales. Los pueblos autóctonos pierden una parte importante de sus medios de subsistencia. En muchos casos, sus tierras y subsuelos producen gran parte de la riqueza nacional

de países cuyos miembros son los ciudadanos, y ellos se sienten despojados de los frutos de su patrimonio. Este es el caso de Bolivia con el petróleo y el gas; el de Chiapas con el petróleo y los bosques; el de la Amazonia ecuatorial con los hidrocarburos y el oxígeno; el de los habitantes de la costa pacífica de Nicaragua y de Honduras con los bosques, donde más de la mitad han sido saqueados en un cuarto de siglo; el de los pueblos autóctonos de Colombia, que en ciertas regiones han sido expulsados violentamente de sus tierras por la expansión de la palma africana (futuro sustituto del petróleo) y el de todos los territorios del continente donde las empresas transnacionales se adueñan de la biodiversidad.

Por estas razones, en toda América Latina se aprecian reacciones cada día más numerosas. Estas tienen una nueva dimensión, bien expresada en la revuelta zapatista de Chiapas (México) del 1 de enero de 1994, día de entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC). Este concierne a México, los Estados Unidos y Canadá, y significa la integración de la economía mexicana en un conjunto dominado por el socio más fuerte y, por supuesto, para provecho de este. Los zapatistas comprendieron bien esto. La reivindicación de una identidad cultural y política, tan antigua como la colonización, tomó entonces otra dimensión, porque incluía el análisis y la acción contra la dominación económica de los poderes capitalistas y contra el imperialismo que los representa. América Latina es un continente donde las luchas de los pueblos autóctonos han tomado dimensiones específicas que anuncian lo que podría suceder. Tal como explica Bernard Duterme, en el artículo citado anteriormente, estos movimientos

logran articular en la actualidad una doble dimensión cultural y social en sus luchas eminentemente políticas. Ellos combinan, de manera innovadora, pertenencia étnica, protestas éticas y acciones sociales y políticas. Sus reivindicaciones van desde el reconocimiento de los derechos humanos de los indígenas hasta la democratización en profundidad del país y la crítica del modelo de desarrollo neoliberal. Con una identidad lo suficientemente fuerte para no diluirse, y lo suficientemente abierta para no replegarse, estas rebeliones multiplican las redes —locales, nacionales e internacionales— sin oponerlas. Ellas manifiestan, por parte de las poblaciones indígenas que las animan, una voluntad de emancipación, de apropiación y de dominio de la modernidad; una voluntad de focalizar el debate en la democratización del sistema político y del Estado en su relación con los actores sociales, así como en el cuestionamiento del sistema económico dominante.⁴

Gilberto Almeyra, profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, aporta una precisión suplementaria:

Las reivindicaciones de las clases campesinas (tierra, créditos, agua, desarrollo) se unen a las reivindicaciones étnicas (derechos, educación en lenguas locales, reconocimiento de la igualdad jurídica) y le brindan una base a un gran proceso de democratización y de lucha por la justicia. Ahora bien, aunque todas las reivindicaciones son democráticas y, si las tomamos una por una, son compatibles con el sistema capitalista, este no puede concedérselas ni global ni singularmente. Los objetivos reformistas se transforman entonces en luchas radicales contra el capitalismo.⁵

Uno de los principales efectos de la fase neoliberal del capitalismo es la mundialización creciente del sistema económico, bajo la égida del capital. En efecto, no se trata solamente de la sumisión real del trabajo por el capital a través del salario. Esto va más lejos, porque el conjunto de quienes producen los medios de subsistencia, sin ser asalariados, también está concernido. El capital los conduce hacia la lógica mercantil mediante otros mecanismos de orden jurídico o financiero, lo que Marx llamó la sumisión formal. Se trata de los planes de ajuste estructural, de los tratados de libre comercio, de la fijación de los bajos precios agrícolas, de las reglas de la OMC, del pago de la deuda, de los paraísos fiscales, del robo de cerebros; en fin, de todo lo que organiza la explotación de las periferias, reduciendo las posibilidades de sobrevivencia y disminuyendo la rentabilidad del trabajo. Todos los grupos sociales están siendo afectados por esta lógica de explotación: los pequeños campesinos, los trabajadores del sector informal, las mujeres, los jóvenes, y también los pueblos indígenas, son directamente agredidos.

Por otra parte, en Asia y en África, el acaparamiento de las tierras por los colonizadores europeos reforzó, desde el siglo XVI, el proceso que habían comenzado los pueblos inmigrantes, que sacaban de sus territorios a los autóctonos. En la actualidad, constatamos fenómenos similares a los descritos a propósito de América Latina en los diversos continentes del Sur. En Kerala, por ejemplo, la «ley sobre los territorios» (autonomía) fue aprobada en 1975, pero nunca se aplicó. Las poblaciones tribales (como se les llama en la India) reivindican su aplicación. Este movimiento ha tomado amplitud y ahora sus dirigentes son calificados de terroristas. Un incidente particular merece ser mencionado: las protestas contra una fábrica de Coca Cola instalada en una región tribal montañosa, rica en agua. Esta empresa usaba y vaciaba los pozos de los habitantes y sus desechos tóxicos contaminaban sus suelos. Se formó un gran movimiento solidario entre las diferentes tribus para oponerse ante tal destrucción, y la empresa tuvo que reducir su producción.

En Tailandia, los karen, situados en el oeste y el norte del país, han visto sus tierras de cultivos tradicionales (arroz, sobre todo) reducirse

Sean cuales sean sus modos de expresión, dos pilares culturales de los pueblos autóctonos resultan importantes: la simbiosis entre los seres humanos y la naturaleza y la solidaridad entre los miembros del grupo social.

progresivamente como consecuencia de dos factores. Por una parte, el gobierno declaró parques nacionales a estas tierras de montañas abundantemente boscosas, «para defender el medio ambiente», lo cual forzó a una parte de los karen, sobre todo a los jóvenes, a emigrar hacia las ciudades donde se convierten en mano de obra barata para los inversionistas nacionales o extranjeros. Por otra parte, las grandes empresas transnacionales de negocios agrícolas —Monsanto entre otras— extendieron sus cultivos de maíz transgénico para la exportación, utilizando a los pequeños campesinos Karen como mano de obra y reduciéndolos a una total dependencia económica, a la vez que hicieron desaparecer sus cultivos de subsistencia. Otro ejemplo asiático es el de Viet Nam, donde con la entrada de la economía de mercado, la extensión del cultivo de café (multiplicado por 60 en pocos años) se hizo en tierras de minorías étnicas, lo que acentuó considerablemente los conflictos entre ellos y la mayoría kin vietnamita. Todo muestra que se trata de una evolución general vinculada a la mundialización capitalista.

Evidentemente, se refuerzan las reivindicaciones en tanto formas de protección contra las agresiones económicas. También se manifiestan a través del apoyo a los proyectos de descentralización. En Chiapas, la iniciativa de los caracoles va en este sentido. En Bolivia, el proceso suscitó muchas esperanzas. En efecto, la descentralización permite definir un intento de marco legal dentro de los Estados-naciones, que permite una mayor responsabilidad local en las esferas política y económica. Los grandes organismos internacionales, tales como el Banco Mundial o el FMI, la apoyan, y en algunos casos, como el de Nicaragua, han exigido la aplicación de leyes para la autonomía. Podríamos preguntarnos por qué. No se trata, por supuesto, de preocupaciones por el bienestar de los pueblos indígenas, sino que se persigue reforzar la lógica general del desmantelamiento del Estado. A menudo, los medios necesarios para lograr la descentralización no se les brinda a las entidades locales y —algo que se verifica en el caso de Bolivia— es mucho más conveniente para los poderes económicos negociar con las autoridades locales que con un Estado nacional. La relación de fuerzas es diferente. Nuevamente citando a Bernard Duterme,

los movimientos emergentes parecen haber aprendido la lección que les brindaron los antagonismos de ayer entre los sindicatos campesinos y las organizaciones indígenas. Mientras los primeros, con provecho «clasista», les dieron la prioridad en sus análisis y reivindicaciones a las relaciones sociales y a la posición social de sus bases, los segundos, más culturalistas, tendieron a privilegiar las opciones de recuperación de las tradiciones, e incluso de recuperación de antiguos órdenes, aunque fuesen injustos en el plano social. Las rivalidades entre los líderes de las dos tendencias fueron causa de divisiones en el movimiento popular, campesino e indígena, y terminaron radicalizando y polarizando las diferentes posiciones.⁶

Al igual que la reivindicación de la autonomía constituye una respuesta ante la agresión económica, la de la multiculturalidad está relacionada, lógicamente, con la agresión cultural. Se trata de exigir una coexistencia real y no subalterna entre las culturas, y esto en sus expresiones concretas. El lazo con la autonomía es evidente, porque resulta muy difícil vivir una identidad cultural sin un espacio de expresión. Los campos de aplicación son numerosos: la educación con un espacio para las lenguas locales, la salud y la medicina usando plantas tradicionales, la religión con una salida de la clandestinidad de los ritos y agentes religiosos de los cultos originarios.

Habría que añadir, en ciertos casos, la existencia de una conciencia creciente acerca de que los aportes de la cultura precolombina pueden tener un papel importante en la crítica de la modernidad conducida por el sistema económico actualmente mundializado. En efecto, sean cuales sean sus modos de expresión, dos pilares culturales de los pueblos autóctonos resultan importantes: la simbiosis entre los seres humanos y la naturaleza y la solidaridad entre los miembros del grupo social. El primero nos permite una mirada crítica acerca de la explotación, puramente instrumental, de la naturaleza, y sobre las destrucciones ecológicas que son su resultado. El segundo contradice el individualismo, exacerbado por la lógica del provecho, y coloca el acento en el colectivo. Sin dudas, la eficacia de tal pensamiento está condicionada por la aceptación de un método analítico que coloque en sus esferas respectivas las explicaciones con respecto a la naturaleza y las relaciones sociales. Ello presupone una toma de distancia crítica frente a un pensamiento simbólico que

identifique el símbolo con la realidad, y que Lévi-Strauss llamó «el pensamiento mítico».

Se trata, en esta perspectiva, de crear una diversidad aceptada y de concebir la cultura (conjunto de representaciones de lo real) como algo vivo y, en consecuencia, cambiante. Sin embargo, las transformaciones no deben ser impuestas desde el exterior; sino, por el contrario, ser la consecuencia de una constante adaptación ante circunstancias históricas, de orden social, económico, político, que le permitan a la cultura tener un papel activo en la definición de estos elementos. Ninguna cultura se construye sin un contexto y pensar las cosas de otra manera nos conduciría a crear un objeto petrificado o a caer en el culturalismo. Una nueva orientación se percibe, cada vez más, en los movimientos indígenas, ya sea porque analizan las situaciones de manera global, como fue el caso de la Cumbre indígena de Quito, en julio de 2004, antes del Foro Social de las Américas; ya sea porque llevan a cabo una acción política, como en el caso de los zapatistas, y que se expresa en los acuerdos de San Andrés y en la marcha de sus dirigentes a través de México, o incluso en el Movimiento al Socialismo (MAS) que abraza en Bolivia la causa de los cocaleros y que, al propio tiempo, reivindica la soberanía nacional boliviana en materia de petróleo y de gas.

Trampas, derivas y ambivalencias

Todo esto nos hace regresar a las preguntas de fondo. La reivindicación de autonomía y de multiculturalidad debe evitar cierto número de trampas. La primera de ellas está en las tesis culturalistas modernas. Como sabemos, esta escuela tiene una historia reciente sin «grandes discursos», lo que permite refutar la existencia de sistemas o estructuras, y priorizar las diferencias sobre las aspiraciones universales. Se tratará entonces, con respecto a las autonomías, de administrar democráticamente el pluralismo a ras del suelo, algo que no puede ser una respuesta adecuada ante el capitalismo mundializado, que origina la aceleración de las resistencias. El riesgo radica en reivindicar especificidades irreducibles que desembocarán en repliegues culturales, tal como lo explica Jean François Vallart en su libro *La ilusión de la identidad*.⁷

Una segunda trampa es la que tiende el sistema dominante. Algunos han comprendido bien la ventaja que se puede sacar de los procesos de autonomía. Esto es lo que expresa Jean Luc de Meulemeester cuando afirma:

El cuestionamiento de las creaciones pluriétnicas heredadas de la historia es visto, a veces, como un elemento que

Las autonomías multiculturales en el contexto de la mundialización

requiere una necesaria modernización: la democracia y la economía de mercado conducen a una forma de movilidad y de debate y nutren la necesidad de hablar el mismo idioma; el libre intercambio reduce los costos vinculados con la creación de micro Estados homogéneos, en tanto que en ellos se facilita el proceso democrático.⁸

En resumen, iríamos hacia el desmembramiento sociopolítico sobre bases culturales, como señala Samir Amin:

El principio democrático de base, que implica el respeto real de la diversidad nacional, étnica, religiosa, cultural, ideológica, no sabe enfrentar los entuertos. La diversidad solo puede ser bien administrada a través de la práctica sincera de la democracia. En su defecto, se convierte fatalmente en un instrumento que el adversario utiliza con fines propios. En este plano, las izquierdas históricas han sido frágiles.⁹

En efecto, una politización precipitada, que tiende a integrar de manera voluntarista las reivindicaciones indígenas en la agenda de una acción política anticapitalista, ha agotado, a menudo, las cartas y bloqueado a aquellos que también perseguían objetivos propios. Pero en la actualidad, añade Samir Amin,

existe una estrategia política global de la gestión mundial. El objetivo de esta estrategia busca desagregar al máximo a las fuerzas antisistémicas potenciales, a través del apoyo al desmembramiento de las formas estatales de organización de la sociedad. ¡Tantos eslovenias, chechenias, kosovos o kuwaits como sean posibles! La utilización de reivindicaciones de identidad, e incluso su manipulación, son bienvenidas. Los problemas de la identidad comunitaria, étnica, religiosa o de cualquier otro tipo son, de hecho, problemas centrales de nuestra época.¹⁰

Hemos también aludido anteriormente a la gran vulnerabilidad de las entidades locales frente a las fuerzas del mercado. Es verdad que el nacionalismo también ha desembocado en el etnocidio de las minorías. Este fue el caso en varios países de Asia. En menor medida, el centralismo de Estado jacobino terminó también en el rechazo de las diferencias. Esto se ha producido en muchos lugares del mundo, incluyendo a Asia, como se muestra en la obra de Sandrine Basilino sobre Viet Nam.¹¹ Ello ha provocado numerosas reacciones que deben ser bien analizadas, porque pueden incluso alimentar fundamentalismos religiosos, como el caso del islamismo político.

Una tercera trampa es la del riesgo de olvidar los fenómenos migratorios. En la actualidad, una proporción creciente de las poblaciones indígenas, sobre todo de jóvenes, no vive en sus territorios de origen y se mezcla con otros, en especial en las metrópolis urbanas. Las personas concernidas no pierden, sin embargo, su sentido de pertenencia, pero las condiciones de la multiculturalidad son otras. Sin ignorar el fenómeno, el proyecto *Latautonomy* no lo ha abordado tal cual. Se ha concentrado en las condiciones

de una autonomía «sostenible» con base geográfica, punto importante de referencia para todos aquellos que pertenecen a una tradición cultural, y que forma la base de la multiculturalidad, incluso para quienes viven fuera del territorio.

A pesar de que los ejemplos utilizados en este trabajo son muy diferentes entre sí, constituyen facetas de una misma realidad, a la vez múltiple: la aspiración de los pueblos al reconocimiento de su existencia, de su identidad, de sus derechos, sin ignorar su participación en objetivos más amplios, como los de naciones pluriétnicas o pluriculturales, continentes que descubren necesidades de integración política y económica y un universo mundializado que busca otro tipo de mundialización.

Esto nos ha conducido a extender las perspectivas y a mostrar, a través de algunos ejemplos, que la experiencia de los pueblos autóctonos de América Latina podría aportar elementos importantes para la reflexión en otros continentes, particularmente en Europa. En efecto, las sociedades europeas se convierten cada vez más en multiculturales, como consecuencia de las migraciones.¹² Se trata de situaciones específicas, pero que esclarecen los problemas que se plantean para el futuro de los pueblos y las culturas.

Notas

1. Bernard Duterme, «Los movimientos indígenas en América Latina», *La Revue Nouvelle*, Bruselas, octubre de 2002.

2. Joaquim Herrera Flores, *El proceso cultural. Materiales para la creatividad humana*, Acongana Libros, Sevilla, 2005.

3. Armand Mattelart, *Diversidad cultural y mundialización*, La Découverte, París, 2005.

4. Bernard Duterme, ob. cit.

5. Guillermo Almeyra, «Las nuevas direcciones indígenas y la alternativa anticapitalista», Ponencia expuesta en el Congreso Después de Marx, París, 2004.

6. Bernard Duterme, ob. cit.

7. Jean François Vallart, *La ilusión de la identidad*, Fayard, París, 1996.

8. Jean Luc de Meulemeester, «Los desgastes de la concepción étnica de la nación», *Le Soir*, París, 5 de enero de 2005.

9. Samir Amin, manuscrito inédito, 2004.

10. Ídem.

11. Sandrine Basilio, *Mundialización e integración de las minorías étnicas en Viet Nam*, L'Harmattan, París, 2004.

12. Albert Abstener, *¿Que es una sociedad étnica? Etnicismo y racismo en las sociedades europeas de inmigrantes*, PUF, París, 2004.